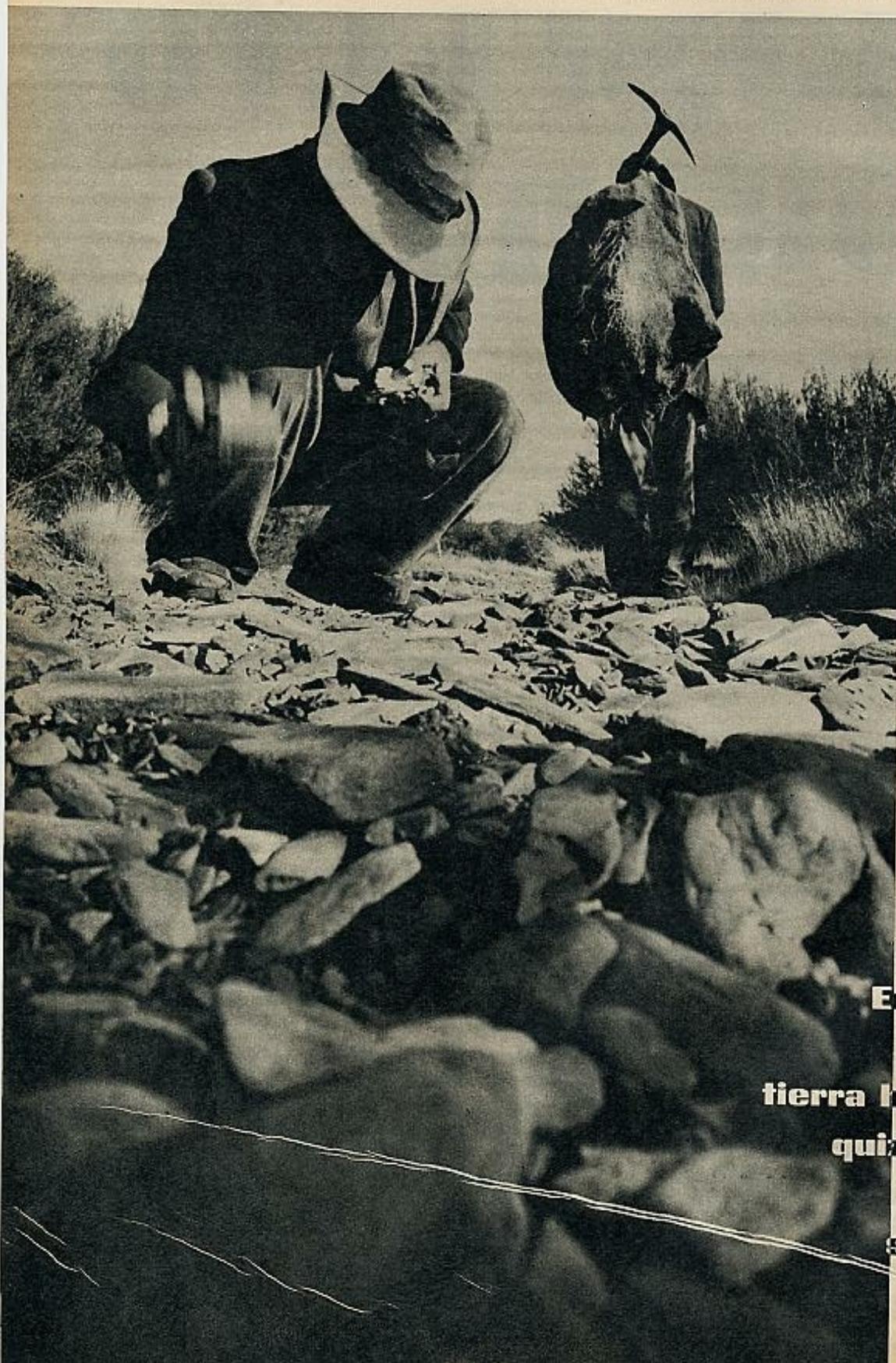


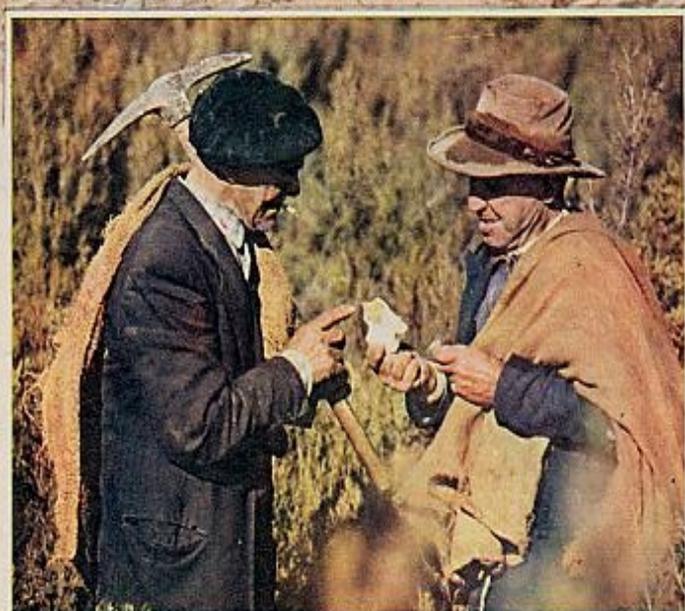
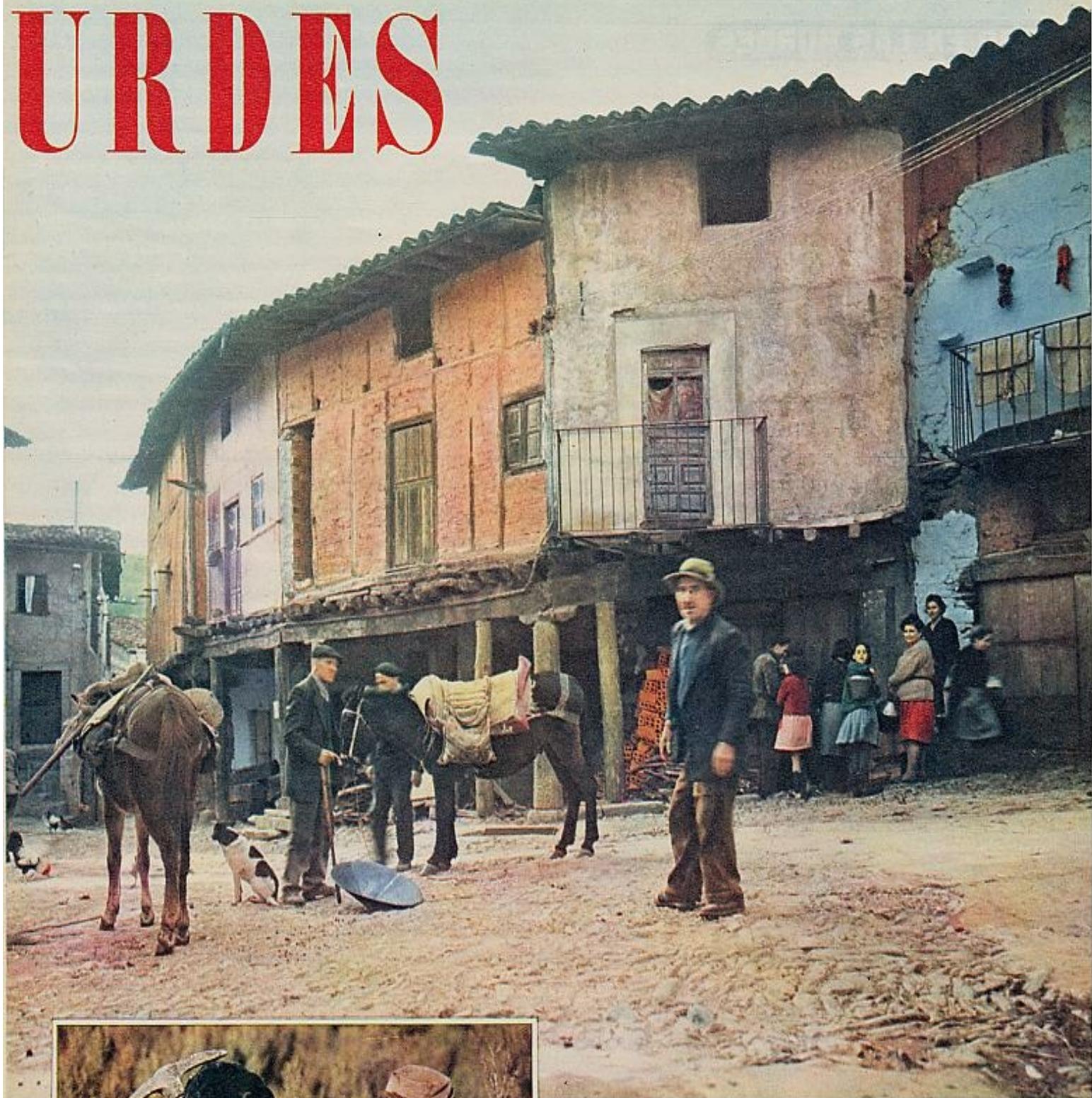
ORO EN LAS HURDES

En Descargamaria —reproducimos una vista de su plaza Mayor— se vive estos días, lo mismo que en Pinofranqueado (una de las pequeñas «capitales» de Las Hurdes) y en Santibáñez, la fiebre del oro. En la confluencia de los tres municipios existen cuevas con paredes de cuarzo aurífero, que ya explotaban los romanos. Tres son los obreros especializados en la extracción: Hermenegildo, Angel y Marcial, a los que vemos en las restantes fotos de estas páginas en un momento de la faena.



**En las entrañas
de la áspera
tierra hurdana existe
quizá una riqueza
que nadie
se ha decidido
a explotar**

URDES



Por **EDUARDO G. RICO**
Fotos de Sánchez Martínez

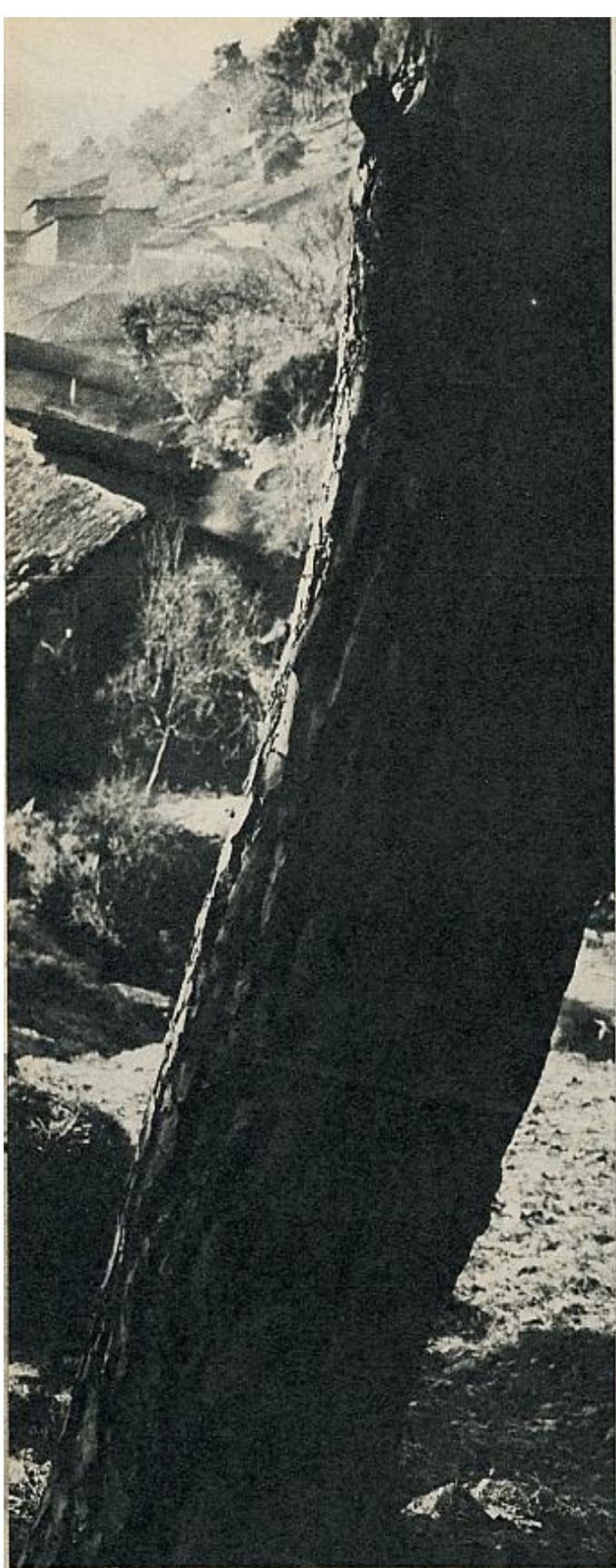
Sí a mí se me ocurriera decir hoy, aquí, en "Casa Avelino" o "Casa Silvestre" —villa de Descargamaria (ya citada por Cervantes en el "Licenciado Vidriera" como tierra de buenos vinos)—, dirigiéndome a esta bulliciosa clientela del atardecer, vencida ya la jornada del olivo, "ustedes son hurdanos", seguramente tendría que volverme por donde he venido, sin que ninguna excusa me sirviera. Sin embargo, el **SIGUE**

ORO EN LAS HURDES

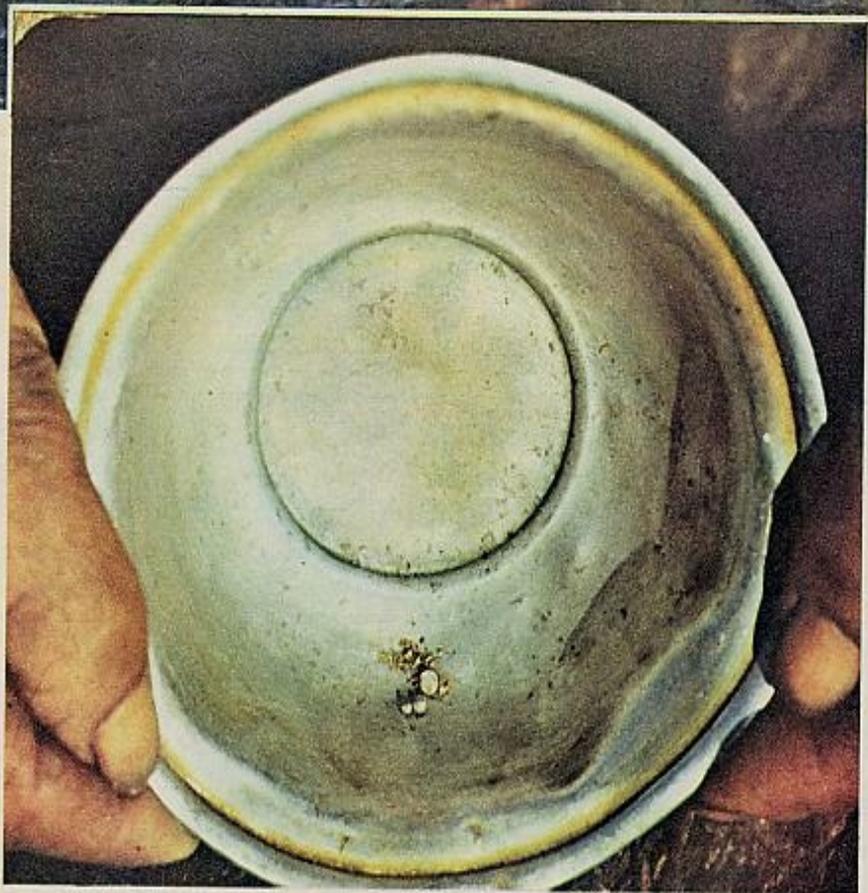
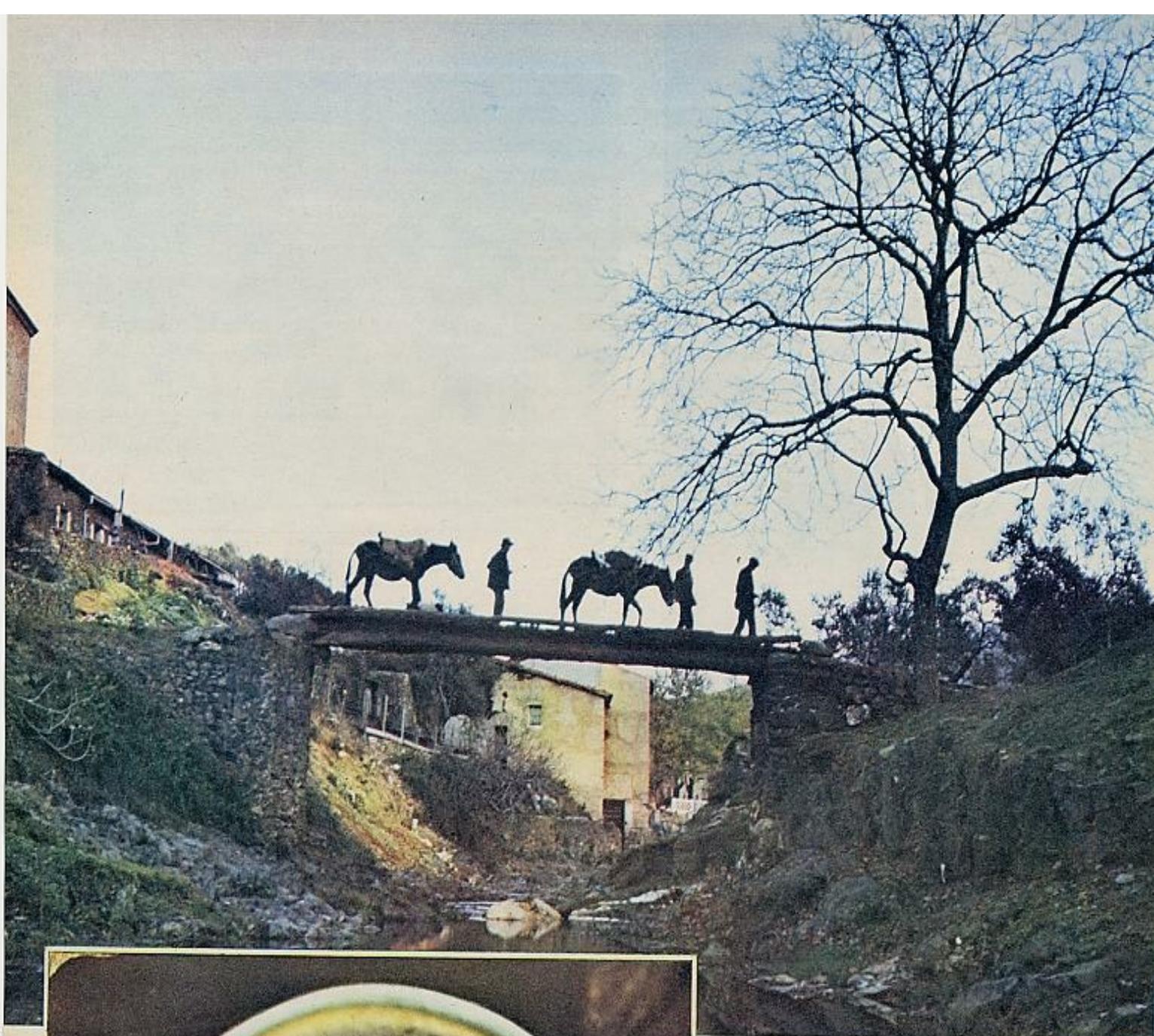


La región aurífera está limitada por los ríos Arrago y Los Angeles. Este último atraviesa una amplia zona de Las Hurdes. En la foto superior podemos contemplar una magnífica vista de Descargamaría al amanecer. La villa está situada al pie de la Sierra de Gata, en la ribera del Arrago. La subida hasta las minas, situadas en plena sierra, no es fácil, dada la aspereza del terreno y la intensa vegetación de la ladera.

corazón de Las Hurdes, de lo que ellos llaman «Las Hurdes pobres», dista de este Ayuntamiento, en línea recta, no más de tres kilómetros. Al otro lado del monte —cristalizaciones de la Sierra de Gata— está el valle del río Los Angeles con sus alquerías diseminadas en un paisaje desolado, cruelmente castigado por el sol, y poco generoso en vegetación: sus gentes, pauperizadas hasta un extremo inconcebible si no se considera que el fenómeno viene de siglos, sin fuerzas ya ni para contar sus penalidades, su hambre, su soledad, rodean sin demasiada curiosidad al viajero que se adentra en este mundo desheredado y no tiene nada que ofrecerles. Lo más que le referirán es el éxodo de sus hombres jóvenes, la emigración masiva hacia Asturias y el País Vasco, y los más afortunados hacia Francia o Alemania, de donde no regresan, ni escriben —porque no saben—.



Pero las mujeres se quedan aquí, con sus niños o con su vida adulta sin estrenar. Y con sus mil problemas: el pequeño que se muere una noche, porque el médico vive a muchos kilómetros de la alquería, y aquí no hay, claro, teléfono. Ni hay luz eléctrica, aunque todo va bien con los candiles mientras el aceite dure. Cuando se acaba encienden una hoguera con piñas y la prehistoria se instala de nuevo en el interior de estos cubiles que hacen de viviendas, en los que se entra en cucullas, aunque la dificultad es menor para ellos: la estatura media de estos hombres y mujeres es inferior a la del resto de sus comprovincianos, lo cual es elocuente. Y falta el trabajo y además los contados olivos milenarios, que sobreviven por milagro, son tacaños en frutos. De vez en cuando se fabrica ilegalmente carbón, o se recogen piñas y agujas de pino, donde los hay. Y se **SIGUE**



La fiebre del oro. Pero la tarea es tan ardua y exige tanta paciencia, que su rendimiento no se corresponde con el esfuerzo desarrollado. Hay que arrancar el cuarzo de las galerías de la profunda cueva. Luego hay que tritararlo y molerlo, de modo que las minúsculas pepitas de oro se desprendan de la mezcla. En otro tiempo, Pedro Varona, uno de los pioneros de la nueva época, llegó a conseguir en una mañana —según comentan los vecinos de Descargamaria— treinta y cinco gramos del codiciado metal. Ahora, la explotación se halla prácticamente abandonada, en espera de una fuerte inversión de capital, que aumentaría considerablemente el rendimiento. Sólo esporádicos buscadores insisten una y otra vez en la rudimentaria faena.



va tirando, a través de una vida condenada a la brevedad, como se puede. O se escapa uno o se va asfixiando poco a poco, sin esperanza. Les hablo de Robledo, de El Casco, de Fragoza, de Martilandrán, De Aldehueta y de Erias. Y de un largo etcétera de alquerías, perdidas en las laderas de esta sierra inhóspita entre Cáceres y Salamanca. Algunos de sus hombres eligen la aventura de la siega, en Castilla. Pero los más, y los más capaces, emigran lejos y definitivamente.

Este es el rostro de la miseria, siempre el mismo. Porque Las Hurdes son un símbolo o una leyenda, pero no una excepción. Nada tienen que envidiar a Nijar o a ciertas zonas de Orense; ni a la región «vaqueiras» asturiana, ni a algunos puntos de Teruel. Ni a la Cabrera leonesa. El mismo rostro en todas partes.

Si usted les dice: «Ahí abajo, en el valle

de Los Angeles y del Arrago, hay oro», le miran escépticos y se encogen de hombros. Ni les va ni les viene. Están de vuelta de todos los optimismos momentáneos. Suceda lo que suceda, todos los días son iguales.

Y, sin embargo, el oro está ahí, yo lo he visto con mis propios ojos. La historia del oro hurdano no empieza ahora; tiene muchos siglos de edad. Estas cuevas aún no suficientemente exploradas dan testimonio de la fiebre aurífera de los romanos padecían. Aquí han dejado pruebas de sus empeños: ánforas, muclas. Y subsisten aún, tal como las abandonaron, las escombreras.

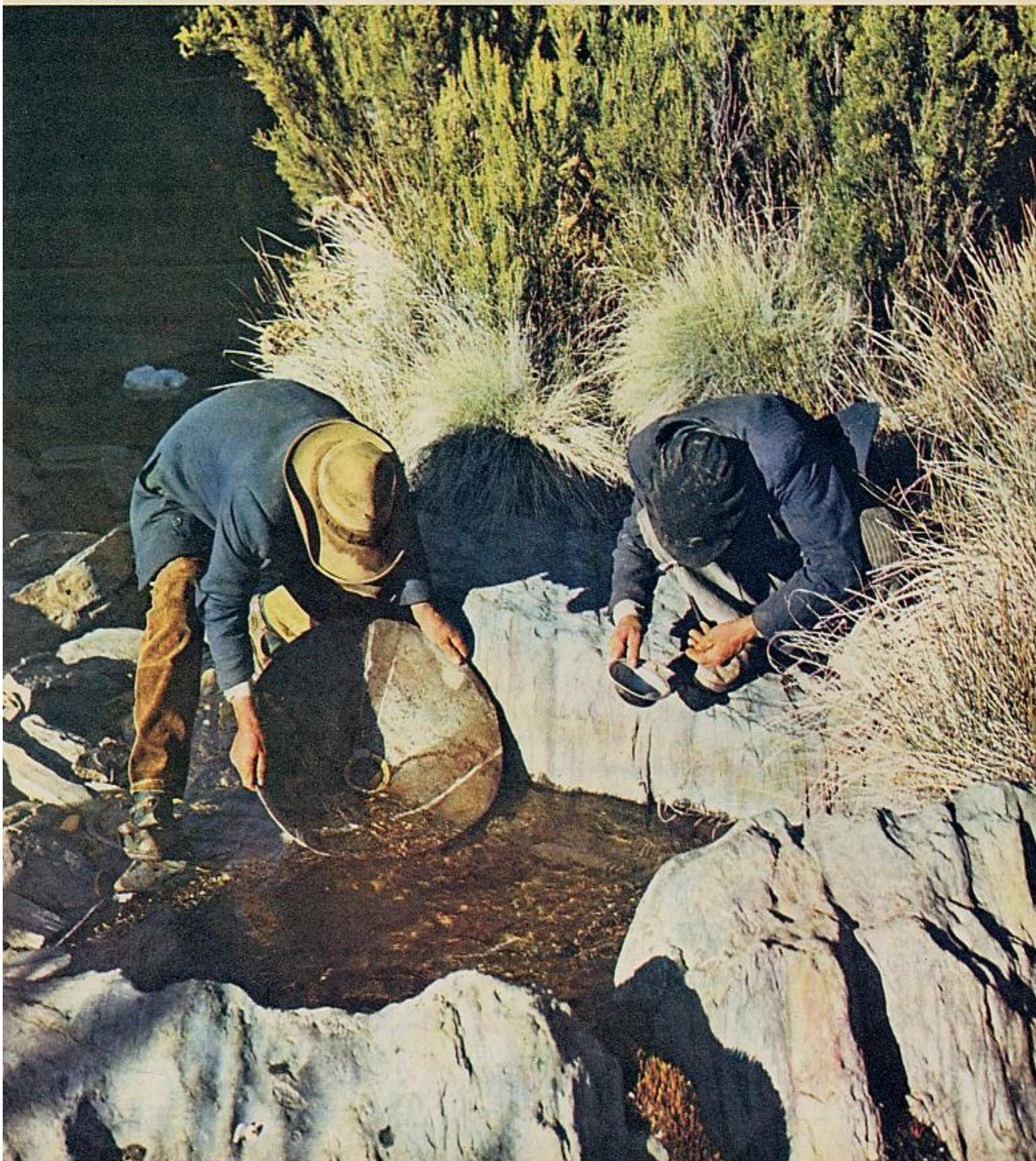
La mina de mayor extensión, la más explorada está en la cumbre del monte que separa las cuencas del Arrago y Los Angeles, en términos de Descargamaría y Pinofranqueado. Pero hay otras muchas en la ladera. Subimos hasta ellas **SIGUE**

ORO

EN

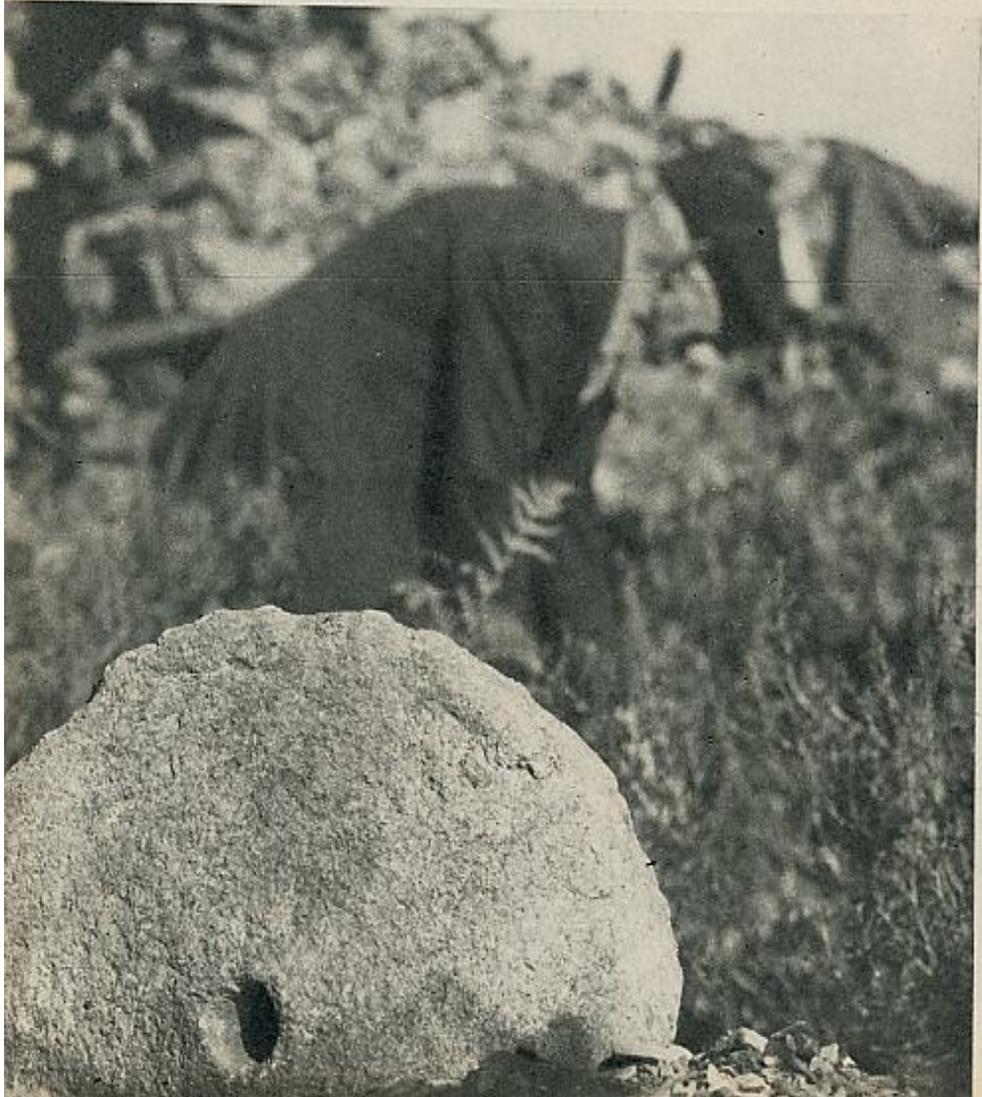
LAS

HURDES





La entrada de una de las cuevas. Tras descender varios metros, se encuentran unas prolongadas galerías. En ellas aparecen de vez en cuando restos de las muelas y la cerámica que utilizaban los romanos.



en mula, monte arriba. Con nosotros, uno de los fanáticamente convencidos de la potencial riqueza: Constancio Delgado. El nos ha dicho en voz baja que sabe dónde radica el filón. Y que no piensa publicarlo. También nos acompañan los, en otro tiempo, obreros auríferos, Marcial, Hermenegildo —igualmente fanático en su fe— y Angel. El alcalde, Dionisio García Garzón —un hombre joven que estudió Derecho en Salamanca—, ha preferido quedarse en Descargamaría. Dionisio nos ha contado la historia más reciente de las minas y de los protagonistas: aquel ingeniero inglés llamado Richard, el propio Constancio Delgado, que denunció una de las cuevas el año 39, y Pedro Varona, el vasco conocido en el pueblo como «John Wayne», que trabajó durante dieciséis años, con éxito al decir de los de aquí. Este último buscó en vano un socio capitalista. Porque tal es el «equid» del problema: el dinero. Hace falta invertir mucho dinero en maquinaria para que las minas resulten rentables.

Descendemos en la cueva con precaución. Vuelan, asustados, los murciélagos. Andamos a tientas por las galerías y encendemos una hoguera para ver y calentarnos. Entre tanto, los obreros arrancan trozos de cuarzo, que luego, a la salida, triturarán y lavarán en el río, hasta que el oro brille, ya separado de la mezcla. Y yo lo he visto brillar.

Como también lo han visto los de Montehermoso, que acampan a la vera del Arrago todos los veranos y sacan un buen jornal repitiendo una y otra vez esta operación que he presenciado, si bien ellos prefieren el cuarzo de las escombreras, desechado por los romanos. Y lo ha visto Varona, que algún día volverá por estas tierras, donde ha vivido tanto tiempo, víctima de la obsesión. Al regreso, mientras caminamos por montes de olivos (esta es, con el vino, la riqueza de Descargamaría), Constancio insiste en su profesión de fe: lo único que hace falta es que el capital no tenga miedo, porque ninguna leyenda entre las muchas que la Historia registra, desde la de California hasta la de Minas Geraes, puede encontrar aquí un reflejo. La aventura deberá convertirse en industria en estos lugares, si se quiere que el oro se toque de verdad con la mano.

Del análisis de los últimos tres lustros cabe deducir que Pedro Varona no piensa recrearse en la contemplación de su pasado de «buscador», huérfano de toda clase de medios. Y que logrará al fin llamar la atención hacia este círculo de tierra, de no más de tres kilómetros de radio, al que debiera prestársela. De todos modos, hay que reconocer que no ha tenido demasiada fortuna en esta búsqueda, mucho más difícil que la tarea de dar con una pesada pepita, o con un buen filón. En Descargamaría, las gentes cambian significativas miradas entre sí cuando alguien recuerda la llegada, junto con Varona, de aquel cubano exiliado para el cual la explotación en serio era cosa de poco tiempo. Un buen día desapareció... y no ha vuelto nunca. Hermenegildo, Angel y Marcial comentan a solas, cuando se habla de este episodio, no sé qué de salarios...

Pero si parte de las viejas cuevas pertenece al Ayuntamiento de Descargamaría, otra parte no menos tentadora se halla situada en términos de Pinofranqueado, pequeña «capital» de una de las zonas hurdanas, al otro lado del monte.

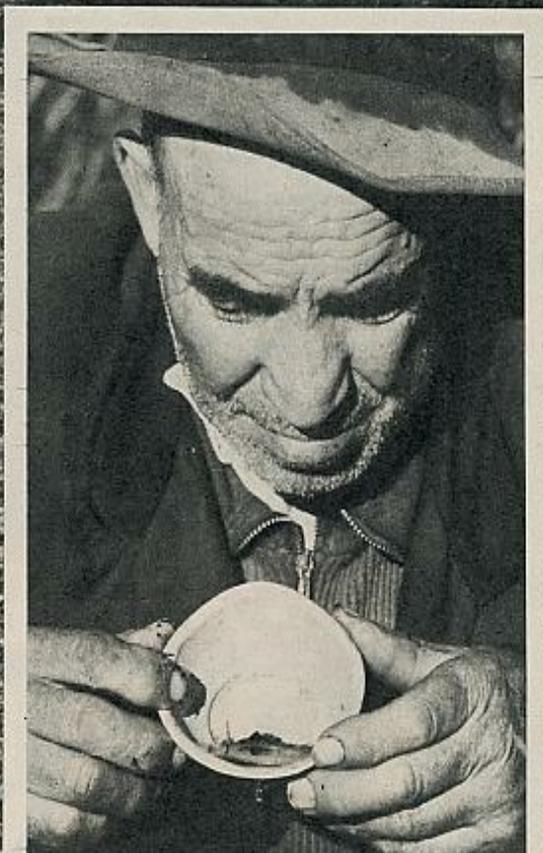
Con Agustín García hemos realizado una breve investigación en este Ayuntamiento, de cuyos expedientes ha salido la noticia publicada en algunos periódicos. Y nos hemos topado con una documentación que no deja lugar a dudas: hay una declaración del 8 de marzo de 1952 por medio de la cual se registra una mina denominada «Botoya». Suscribe el escrito don Andrés Peña Varona, evidentemente pariente del principal «buscador». Con el nombre de «Los Angeles» se denuncia otra en 1955. Firmante: don Jesús García Fuente, vecino de Madrid. Finalmente está la que ha dado lugar a la información: es autor de la misma el propio Pedro Varona. La bautiza como «Dora» y le atribuye una extensión de 80 hectáreas dentro de los términos de Pinofranqueado, Santibáñez y Descargamaría. La concesión tiene fecha de 27 de noviembre último.

Este es el último capítulo oficial de la larga historia del oro de Las Hurdes. Un oro que acaso podría resolver el agudísimo problema económico, social y humano allí planteado. No habría que ver, pues, su explotación en términos de beneficio; por el contrario, habría que situarla en el plano de una posible promoción que abarcara a toda esta región desheredada. Como no tiene voz hay que hablar en su nombre y decir que sus gentes no aspiran a guardarse las pepitas en los bolsillos, sino a encontrar los medios adecuados para asegurarse un jornal seguro por muy duro que sea —y lo será— el trabajo que ello represente.

¿Tendrán suerte esta vez?

E. G. R.

ORO EN LAS HURDES



Uno de los obreros admira el oro extraído después de una paciente labor. Arriba, el río Los Angeles.

FIN